



MALAS COMPAÑÍAS

PALOMA BORDONS

edebé

PALOMA BORDONS

MALAS COMPAÑÍAS



edebé

© Paloma Bordons, 2014

© de la edición: EDEBÉ, 2014

Paseo de San Juan Bosco 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte

Diseño de cubiertas: César Farrés

Fotografía de portada: Paloma Bordons

1.^a edición, marzo 2014

ISBN 978-84-683-1248-4

Depósito Legal: B. 497-2014

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

—Clara, ¿por qué creces tan deprisa?
—Mamá, ¿por qué escribes tan despacio?

Capítulo uno

Paula llega tarde. Trae ese moreno chocolatero que se les pone a los esquiadores, con la marca blanca de las gafas, que no hace muy guapo, pero hay que reconocer que es bastante *estambul*.

La Nena no la regaña porque está leyéndonos un trozo del *Cantar de Mio Cid* y cuando recita entra en trance:

*...llorando de los ojos con un dolor tan grande
así se separan como la uña de la carne...*

Sí, hoy es un día de dolores grandes para todos: ocho de enero, primer día de clase después de las Navidades.

—Bueno, ¿qué? ¿Mucho pijín guaperas en Baqueira? —susurro a Paula, que acaba de sentarse a mi lado.

—¡A patadas! Y estaba la *royal family*. Subí en remonte casi detrás del príncipe.

—Bah. Yo me chupé un atasco detrás de la cabalgata de Reyes.

—Uno de los guardaespaldas me tiró los tejos —dice ella.

—A mí me tiró un caramelo un paje de Melchor.

La Nena nos lanza una mirada de advertencia que, la verdad, no nos impresiona demasiado. Y justo entonces entra Manuela, la directora, con la nueva. A los chicos se les afloja la bisagra que les cierra la boca.

Es que al parecer la nueva está muy buena (de eso me entero luego). Puede ser, no digo que no. Yo no la encuentro demasiado guapa, pero según fuentes autorizadas (Carlangas), para estar buena no hay que ser guapa, son cosas distintas.

Nos da tiempo a examinarla a fondo porque la Nena, que por todo se aturulla, la tiene de pie frente a la clase mientras decide dónde sentarla. La nueva ni pestañea. No parece notar los sesenta ojos que recorren su camiseta reventona, sus botas llenas de hebillas, sus medias de redecilla, su minifalda y su cara más pintada que la valla del patio del cole.

—Vaya pintas... —murmura Paula.

—Menudo frontispicio... —murmuro yo.

—Frontis... ¿qué?

La Nena señala un sitio vacío en la última fila y pregunta:

—¿Hay alguien a tu lado, Antonio?

Como si no supiera de sobra que Antonio se sienta solo.

—Qué cortita eres a veces, Pau —susurro—. Hablo de su delantera, pechuga... O par de melones, que diría Carlangas... ¿Me sigues ahora?

Paula se ríe, primero sin ruido y luego cada vez más alto. Con ella da gusto, siempre le divierten mis tonterías. A lo mejor por eso digo tantas. Su risa se me contagia, como de costumbre. Intento contenerla

y es peor, porque acaba escapándoseme por la nariz en forma de ronquido. La Nena me mira.

—Espera, Soledad —se dirige a la nueva—. Mejor vas a sentarte al lado de Paula. Y tú, Silvia, ve detrás, con Antonio.

Nos ponemos serias de golpe.

—Venga, Nena, no seas así... —suplica Paula—. Es que cuando nos da la risa floja no nos podemos contener. Es como... Como intentar aguantar el hipo, que no se puede.

Nena. Para acabar de estropear las cosas, la tonta de Paula va y la llama por su apodo sin darse cuenta. La clase en pleno suelta la carcajada.

—Si no podéis conteneros, es una razón más para que no estéis juntas —dice la Nena, pasando por alto lo de Nena.

—¡Por favor! Ya no nos va a volver a pasar.

Pau saca su vocecita de rogar, pero la Nena se resiste y cambia de estrategia:

—Además, Paula, creo que será bueno para Soledad sentarse a tu lado. Nadie mejor que tú para guiarla en sus primeros días en la clase. Te la encomiendo.

Nadie mejor que tú. Muy astuta, la Nena. Le está diciendo a Pau que la considera muy buena relaciones públicas. Y gracias a ese poquito de coba rastrera, Pau deja de protestar.

Me tengo que arrancar de mi sitio, como la uña de la carne, mientras la nueva mira al techo y bosteza, que cualquiera diría que le aburre el espectáculo de mi tragedia.

Desde entonces estoy en el destierro, igual que

el Cid. ¿Qué digo? Peor. Él por lo menos se fue con unos cuantos amigos. Yo estoy sola en la última fila con el bicho raro de la clase, Antonio Somarriba, más conocido como Toñín Sobaquina, por razones que te explicaré un día que no esté tan cabreada.

Hurra.

A la hora del recreo, la nueva sale la última al patio, andando despacio y con una desgana así como elegante, un poco como andan los leones del zoo en sus jaulas. Se sienta en las escaleras y se pone a mascar chicle mirando a su alrededor con cara de asco distraído. O sea: como si no le gustara lo que ve, pero tampoco le pareciera lo bastante importante como para prestarle atención.

A las chicas nos ofende que pase tan descaradamente de nosotras y, como castigo, la ignoramos con todas nuestras ganas.

A los chicos que juegan al fútbol se les va el balón a cada rato hacia donde está ella. Qué casualidad. Eso hace que Soledad nos guste menos todavía, porque a las chicas no nos suelen gustar las chicas que gustan demasiado a los chicos, no sé si me explico. Ahí ya no nos sale ignorarla más. Hacemos un corro y la despedimos con nuestras lenguas viperinas.

—Sólo en la forma de mascar chicle se nota lo flipada que es.

—¿Nadie le ha dicho que está prohibido?

—Ve tú a decírselo, Paula. ¿No se supone que eres su guía espiritual? —se burla Marta.

—¿Guía yo de esa? *No way!* Por su culpa nos han separado a Sil y a mí.

—¡Pues yo he salido perdiendo! —protesto—. Seguro que a la nueva no le huelen los sobacos como a Toñín.

—¡Mirad por dónde le llega la falda! —dice Sofía.

—¿Qué falda? ¿Es que lleva falda?

—Y qué postura. Se cree la Cameron Díaz o algo así.

—Cameron Díaz pero en gótico.

—Más que gótica es siniestra.

—Tiene una carrera en la media.

—¡Hale! ¡Otra vez el balón! Lo tiran de su lado aposta.

—Ahí va Carlangas, haciéndose el atlético...

—¡Carlangas, ponte el baberooo! —vocea Sofía.

Pau suelta su risa estruendosa y todas nos reímos con ella.

Por la tarde Pau y yo volvemos juntas a casa, eso no nos lo puede quitar la Nena. Volvemos juntas todos los días menos los miércoles, porque ese día mi madre se trae el coche y a la salida vamos a hacer la compra. Es que mi madre trabaja en la secretaría del colegio. Un mal rollo, si quieres mi opinión, que a veces me pone en situaciones comprometidas. Hoy mismo, al entrar en el comedor, la he visto en la mesa de los profesores charlando de lo más bien con la Nena. El que tu madre se lleve bien con la Nena puede dañar seriamente tu reputación. Por si eso fuera poco, mi

madre y Manuela, la directora, son amiguísimas del alma desde niñas. Y adivina quién es la ahijada de la *dire*. Correcto. Por suerte eso sólo lo sabe Pau (y ahora tú) y prometió llevarse el secreto a la tumba, porque es mi mejor amiga y porque yo también me sé un secreto bochornoso sobre ella que me voy a llevar a mi tumba. Bueno, como quien dice. En realidad a mí me van a incinerar, lo discutimos una vez que nos pusimos algo morbosas. Ella prefiere tumba porque su familia descende en línea directa de don Pelayo o poco menos y tiene un mausoleo con un ángel tocando la trompeta en el cementerio. Yo, que me desparramen a los cuatro vientos.

¡Como si no estuviera ya lo bastante desparramada! A ver, que me centre, a lo que íbamos: que yo siempre acompaño a Paula a su casa, porque me pilla más o menos de camino. Bueno, más menos que más, pero la acompaño igual porque me gusta. Además, ella también anda de más por mí. Ahora, en vez de atajar cruzando la plaza, la estamos bordeando, y lo hacemos así todos los días porque a mí me dan un asco tremendo las palomas.

—La nueva tiene una navaja —me dice Paula—. Se ha pasado la clase haciendo rayajos en su mesa.

—¡*Mi* mesa! —la corrijo, enfadada.

—Ha escrito *mierda*... Aprovechando que tú le habías empezado el trabajo.

Me enfado más aún. La «m» y la «i» las grabé yo. No pasé de ahí porque me di cuenta a tiempo de que, si Miguel viera su nombre grabado en mi pupitre, me vería obligada a emigrar a Australia.

—¿Y tú no le has dicho nada? —protesto.

—Bueno, lo he intentado, pero no he pasado del «oye, tú», porque me ha mirado con una cara... ¡Y pensar que me toca sentarme a su lado todos los días!

—Pues yo casi preferiría sentarme con una macarra armada que con Toñín... —suspiro.

Toñín es el friki de la clase. Se ganó el puesto el día mismo que entró nuevo al colegio, a principios de curso. Llevaba una camiseta que decía *Rexona no te abandona*, unos pantalones de pana (*¡pana en septiembre!*, se horrorizó Pau) y sandalias. Graves errores de vestuario. Aunque lo que le perdió de verdad fue un osito de peluche con un cascabel que llevaba colgado de su mochila. Era un osito llavero, bastante discreto, pero como tintineaba, Gonzalo se fijó en él. Lo arrancó de un tirón de la mochila y, cuando Antonio trató de recuperarlo, se lo pasó a Carlangas. Enseguida estaban toreándolo entre todos los chicos, corriendo por el pasillo y haciéndose pases con el osito.

La historia acabó en el cuarto de baño, así que las chicas nos perdimos el resto de las humillaciones, que incluían un váter, y el momento trágico en que el peluche cayó adentro y Carlangas tiró de la cadena. Sí vimos que, al salir del aseo, Antonio tenía la cabeza mojada y los ojos rojos. Ahí se convirtió en *Toñín* para siempre, aunque yo creo que llorar de rabia y de humillación no tiene por qué ser de nenes.

Antonio no volvió a traer muñecos, ni cascabeles, ni camisetas anunciando desodorante, pero Carlangas ya le había tomado gusto al nuevo deporte y cada día le quitaba algo a Antonio para jugar una partida: un

cuaderno, el tenedor de la comida, un zapato y hasta una vez los pantalones. Por mucho que Antonio corría detrás de los chicos de la clase, siempre perdía. Sus cosas acababan en un retrete (de donde no podía recuperarlas, porque evitaba entrar en el baño), o en el tejado, o colgando del cable de la luz que pasa por encima del patio (los pantalones). Con las carreras que se pegaba, no me extraña que Antonio no oliera precisamente a Rexona. Ana, su vecina de pupitre, fue a quejarse del olor a la Nena, que es nuestra tutora. Desde ese momento, Antonio tuvo derecho a un apodo con nombre y apellido: Toñín Sobaquina. Y empezó a sentarse solo. Hasta el fatídico día de hoy, claro.

—Quéjate tú también de que huele mal —me propone Pau—. Así te cambian de sitio.

—Me parece un poco feo.

—Tú vas a quejarte en plan confidencial, como hizo Ana. Él no tiene por qué saber el motivo. Aunque no estaría de más que alguien se lo dijera.

—La verdad es que tampoco huele mucho.

Es que ya no corre. Hace tiempo que se rindió y dejó de intentar recuperar sus cosas, así que Carlangas se aburrió y dejó de quitárselas.

—¿Que no huele mucho? —Pau se pone a husmearme con cara de asco—. *My God!* ¡Si hasta se te ha pegado su olor a la ropa!

—¡Anda ya!

Yo creo que está exagerando, aunque es verdad que tiene un olfato de perro cazador. Es por ella que nunca me olvido de lavarme los dientes antes de ir al cole. Me fastidia cuando, nada más verme, arruga la nariz y dice:

«¿Qué? Hoy Chococrispis, ¿no?». Y encima acierta.

—Te digo que sí, que se te ha pegado —insiste ahora—, pero no te preocupes, que tengo Midnight Fantasy.

—¡Fantasy ni hablar! Me pusiste el otro día y llegué a casa con dolor de cabeza.

—¡Venga! Solo un pelín.

—¡Ni de guasa!

—Si es por tu bien, guarruca...

Saca un frasquito de perfume de esos de muestra y se pone a perseguirme apretando el vaporizador. Paula siempre lleva la mochila llena de cosas de ese tipo: frasquitos, cepillitos, tubitos de pasta de dientes en miniatura, miniestuches de costura... Se los trae su padre de los hoteles y los aviones cuando va de viaje.

—¡Huy, perdón!

Al pasar corriendo frente al quiosco de periódicos, he tirado unas cuantas revistas con la mochila. Intento colocarlas en su sitio.

—No te preocupes —dice el quiosquero.

No es el señor de siempre, sino un chico joven, puede que su hijo.

—¿Te has fijado? —me dice Pau volviendo la cabeza—. Se parece a Brad Pitt.

—Las ganas que tienes.

—Que sí. Guña un poco los ojos y verás.

—Ya los tengo guiñados y nada.

—Ciérralos del todo.

Los cierro del todo y me rocía toda con el dichoso Fantasy, ten amigas para esto.

Capítulo dos

Qué rollo. Cada vez se me hacen más cuesta arriba los domingos por la tarde si los tengo que pasar en casa. Y hoy no está Pau para huir a la suya. Se ha ido de fin de semana.

La familia de Pau no es como la mía: siempre está yendo a sitios y haciendo cosas. Yo no he subido nunca a un avión y Pau ya ha estado este verano sola en Inglaterra. Me digo que ahora no está en Inglaterra sino a dos horas escasas de aquí, en la finca de sus tíos; la cosa tampoco es para morirse de envidia. Luego pienso que yo tampoco tengo tíos con fincas.

Vago por la casa como un alma en pena, que diría la yaya. Pruebo a entrar en el cuarto de Mon, no sé ni para qué me molesto. Tiene echado el pestillo. Lo compró él mismo y lo instaló hace unos meses, cuando empezó su fase autista. Desde entonces no habla, no se lava ni se peina ni se corta el pelo y, cada vez que sale de su cuarto, ha crecido un par de centímetros. También es verdad que sale poco de su cuarto. Dice mi madre que es una etapa pasajera, una especie de metamorfosis. Como la de las orugas, vaya. A ver si un día de estos

aparece convertido en mariposa, lo que me voy a reír.
Por ahora no me río mucho.

—¿Puedo entrar? —pregunto.

—¡No!

Qué encanto.

Mi padre está en el cuartucho con el ordenador.
Lleva ahí todo el fin de semana.

—¿Qué es lo que miras? —le pregunto.

—He tenido una idea curiosa y quería investigar un poco en Internet. Igual no llego a ningún sitio con ella, pero... ¿quién te dice...?

—¿Me dejas entrar un ratito en Tuenti?

—Ahora no, princesa.

No puedo poner la tele porque mi madre está estudiando en el salón. O eso dice. Sus apuntes de la UNED están esparcidos en la mesa de comer. Ella tiene los codos clavados en la mesa y la mirada perdida.

—Confiesa: te estás durmiendo.

—Pues casi —suspira—. No me entra nada.

—Pues déjalo, Pizca, que para eso es domingo —sugiere mi padre, entrando en el salón. Mi padre llama Pizca a mi madre porque alguna vez fue flaca.

—¿Y ahora puedo usar el ordenador? —pillo la ocasión por los pelos.

—No, sólo me he levantado un momentito a ver si andando me fluyen las ideas —replica mi padre.

—Lo que faltaba. Se me está poniendo dolor de cabeza —gime mi madre, apretándose los ojos con los puños.

—Deberías olvidarte de esos papelotes y relajarte un poco —le sugiere mi padre.

—¿Relajarme?

Mi madre siempre se pone tensa cuando le dicen que se relaje. No sé cómo a estas alturas mi padre no se ha dado cuenta. Ella es Supermamá y, por definición, no puede estar relajada. Tiene que estar siempre ocupada, preocupada y, si es posible, sacrificándose por alguien.

—Si no estudio, lo que tendría que hacer es ir a ver a mi madre —dice.

Ya te digo, se le da de miedo encontrar sacrificios.

—¿No dices que ayer ni siquiera te habló? —replica mi padre.

—¿Y qué? Que no me hable no quiere decir que no agradezca la compañía.

—¿Estás segura?

—No puedo estar segura de nada. Pero ¿qué quieres que haga? Si es por eso, podría no volver nunca, que es lo que parece que piensas hacer tú... ¿Pretendes que haga lo mismo?

La voz de mi madre se va alzando cada vez más.

—¡Yo no he dicho eso! No saques las cosas de quicio —ahora mi padre también suena irritado—. Vengo aquí en son de paz, te digo que te relajés... ¡y mira cómo te pones!

—¡Es que tiene bemoles la cosa! Es muy fácil decirme que me relaje. Si no estudio ni voy a ver a mi madre, tengo otro millón de cosas que hacer. ¿Se te ha ocurrido a ti mirar las cuentas del mes? ¿Quitar el árbol de Navidad? ¿Ver lo de la renovación del seguro del coche?

Ya sé lo que viene a continuación, así que me quito de en medio para ahorrármelo. Cada vez pasa más a

menudo: la conversación más tonta entre mis padres se convierte de pronto en una discusión sin que logre enterarme bien de cómo ha sucedido.

Me encierro en mi cuarto y me pongo el iPod a todo volumen, para no oírlos.

Al principio me pienso que el ruido del aspirador es parte de la música, pero levanto la vista y ahí está mi madre tubo en mano, en pleno ataque de Furia Limpiadora. Le da cuando está de malas. De pronto las cosas que un instante antes estaban pasablemente limpias empiezan a parecerle sucísimas.

Ahora grita sobre el ruido de mi música y del aspirador:

—¡Silvia, ve al salón y quita los adornos del árbol!
Hay gente que, desde luego, no sabe relajarse.